



CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA (ESTUDIO).



CASALE MONFERRATO. — ITALIA (ESTUDIO).

## A VERDAGUER <sup>(1)</sup>

Por ti la pulso...; pero ya está rota y destemplada mi brillante lira. Préstame aliento, que tu aliento inspira; y, allá do moras, en región ignota, ha de llegar mi conmovido acento, arrebatado en el corcel del viento.

Honda es la herida que en el alma llevo, y en ella vierte su mortal ponzoña el reptil de la duda venenoso, que unciría puede á la demencia insana. ¿Por qué mi herida á recordar me atrevo? Porque no cuenta mi porfía vana con lo importuno del lamento ahora, al evocar al genio extraordinario que, en el idioma catalán hermoso, rico en palabras como el sol en lumbré, vació el tesoro de sus cantos bellos, y de la gloria se elevó á la cumbre y se anegó en la gloria y sus destellos.

(1) Fragmentos de una poesía escrita con motivo de la traslación de los restos del gran poeta á su tumba definitiva, abierta en una peña.

Pruebo ensalzarte y lo imposible pruebo, ¡oh, bardo insigne, Verdaguer ilustre! Perdón... ¡Perdón si mi atrevido canto empaña el timbre del elogio santo y de los grandes méritos el lustre! Mi inspiración á ratos centellea y deficiencia natural acusa, porque no es hija de tu ardiente Musa que arrebatada mundos á la idea.

¡Padre Jacinto! ¡Verdaguer creyente! Llena de ideas tu abrasada mente, — como de estrellas el celeste espacio, de maravillas imperial palacio y la mar de corales y de perlas, — siempre logró tu inspiración verterlas del mismo modo que el volcán hirviente arroja el fuego de su hinchado seno.

Nuevas las cuerdas de mi lira de oro, correr debiera cual arroyo claro la inspiración que de mi Musa imploro; sonar la voz de la vibrante rima, como redoble de tambor guerrero,

ronco disparo de arcabuz certero y épica nota de clarín sonoro. No de otro modo el Canigó y La Atlántida, grandes poemas con vigor creados, pudieran ser por mi laúd cantados. No de otra suerte mi sublime oficio encontraría ocupación más grata, desgranando el collar, que se desata, de las ideas, en templado juicio.

Cantar no puedo tus famosas artes, siguiéndome el cansancio á todas partes

¡De haber tenido tu sagrado aliento, llevado hubiera mi ambición mezquina el noble rango de ambición gloriosa! La virtud de tu aliento peregrino, prestando luz á mi turbada mente, hubiera alzado á mi abtada frente, do ya no irradiaba de la idea el rayo; mientras de un golpe el corazón ferviente aplastaría con la fe al desmayo, ¡ese huésped miedoso de mi pecho, el cual, temiendo hasta un pequeño ensayo, me da tan sólo á sucumbir derecho!

DIWALDO SALOM



—Los fugitivos suevos se hallan ahora en Vandalia, —le dice, y Leovardo, destrozándose el corazón en una infinidad de conjeturas, resuelve ponerse al frente de una expedición que marcha contra los levantiscos pobladores de aquella parte de España, que, andando el tiempo, sería Andalucía.

\* \* \*

Como en todas partes, los godos triunfarán en Vandalia. Pero, á Leovardo no satisface la victoria de los campamentos. Otras victorias son las que calmarán su espíritu atormentado. ¡Ver á Albilda, y después la muerte! Ese es su único anhelo. Después de cada combate, no pregunta cuántos han sido los muertos, ni se preocupa de la mayor ó menor importancia de la ciudad conquistada. Sólo indaga el paradero de Albilda. Albilda es su propia alma, el hilo misterioso y fuertísimo que le enlaza á la vida. Sin ella, el mundo le parece desierto.

## EL LAZO DE SEDA

(Conclusión).

Leovardo parece un fantasma. Su espíritu se halla abismado en la más profunda melancolía. Para él no hay más que un lugar delicioso, aquel en que se encuentre Albilda; para él no hay más que una mujer en el mundo, la rubia princesa sueva, desaparecida. Consulta á todos los oráculos. El sube á la torre misteriosa de los magos; él se interna en el sagrado ámbito de los bosques omínicos; él interroga á los pájaros, viajeros del aire; y á las hechiceras, moradoras de cavernas. Pero, nada consigue, sino clavarse más hondamente el puñal que le mata.

Un día, sin embargo, renace su esperanza. Volviendo de uno de sus paseos solitarios por los bosques, se encuentra con un aventurero. Este le habla de todas las regiones de España, de sus moradores.

124

—¡Albilda!—exclamó.

La joven volvió la cabeza, miró al guerrero, y bajó la vista hacia el suelo, continuando su marcha.

—¡Es ella! —murmuró Leovardo. —¡La he encontrado! No se me escapará ahora. ¡Será mía, aunque se opongan el cielo y la tierra!

\* \* \*

Pero, una cosa es conquistar pueblos, y otra cosa conquistar el corazón de una doncella. Grandes, por no decir insuperables, dificultades se levantaban entre las pretensiones de Leovardo y la clausura de Albilda. Erale imposible al amante la entrada en la casa episcopal, por la diferencia de religiones. Y sin ver ni hablar al sér amado ¿cómo es posible entenderse con él ni de él hacerse amar?

Frente al retiro en que se ocultaba Albilda, paseaba noche y día Leovardo, sin lograr ver nunca asomarse á alguna de sus ventanas la mujer adorada. Espesas celosías cubrían todos los huecos de la fachada, á semejanza de asilo conventual. Pero Leovardo, como apasionado amante, resuelto á conseguir su objeto, no desmayó con esa ni con otras contrariedades. Y apeló á la astucia valiéndose de un intermediario.

Había notado que entraba y salía en casa del obispo, con marcada frecuencia, un hombrecillo, mitad seglar, mitad civil, muy coloradote, y de aspecto risueño. Ya era viejo; pero era un viejo que por su exterioridad añiada dijérase que conservaba las inocencias propias de la infancia. Sobre este sujeto puso su atención Leovardo, y á él se dirigió un día, al verle salir de casa del obispo.

Siguióle los pasos durante largo rato, hasta que le vió entrar en una tiendecilla. Penetró en ella Leovardo. Sólo se despachaban allí bebidas. No dejó de alegrarse poco de este descubrimiento el joven guerrero, mayormente habiendo observado que el criado del obispo, pues criado era sin duda, era gran aficionado al vino. El vino es hablador, y por él pueden sacarse á veces interesantísimas noticias. Supo, en efecto, Leovardo, que el hombrecillo aquél era el mandadero de la casa, y que podía ver y hablar cuando quisiera á Albilda. Con muchos escrúpulos aceptó el encargo de entregar una carta á la joven de parte de Leovardo.

—Dele de beber cuanto quiera, —dijo éste al tabernero, refiriéndose al sujeto.

Y sentándose ante una mugrienta mesa Leovardo escribió las siguientes líneas:

«Adorada Albilda. Su antiguo vencedor continúa á sus plantas. No la pido amor, aunque sus votos aún no son tan fuertes que la impidan concedérselo á un mortal. La pido sólo clemencia. Verla bastaría para mi felicidad. Es mi prisionera, y sin embargo la dirijo una súplica como si fuera mi tirana. Suyo eternamente,

LEOVARDO.»

Llegó el billete á su destino, causando infinita turbación en el alma de la doncella cristiana. Aunque duró breves instantes su entrevista con Leovardo, no dejó de producir éste en su pecho una impresión profunda. La varonil apostura del guerrero, su rendido acatamiento ante la beldad desgraciada conquistáronle el afecto de la princesa Albilda. Esta, después de largas y atormentadoras vacilaciones, consintió en responder á Leovardo.

—«Esta noche, —decíale en una carta, —estaré en el jardín de esta casa, al dar las doce. Confo en su caballerosidad. Su antigua prisionera,

ALBILDA.»

Fué puntual Leovaldo á la cita, habiéndole introducido hasta el jardín el complaciente mandadero.

Hallábase Albilda sentada bajo un árbol. Vestía traje blanco. La luna bañaba con su suave claridad la escena. La doncella, al mostrarse ante los ojos de Leovaldo, asemejábase á una aparición celeste. Leovaldo cayó de rodillas ante ella, y la besó con efusión las manos. Luego, se sentó á su lado, y comenzaron esos dulces coloquios de amor, puros, inefables, apasionados, en que más que los labios hablan los ojos, humedecidos por lágrimas de ternura, y más que frases se oyen suspiros.

—Sí, Leovaldo, le amo, —concluyó diciendo Albilda. —Pensé no encontrarle nunca. Por eso me preparaba en esta santa casa á sellar para

siempre con un voto sagrado mi alma. Pero, aun existiendo entre nosotros dos este amor que nos une, nos separa la diversidad de religiones. Yo soy cristiana, y Leovardo, mi Leovardo es arriano. ¡Es imposible nuestro enlace!

Quedó largo rato Leovardo con la cabeza baja, abismado en meditaciones profundas. Notábase, en la inquietud de su pecho y en la contracción de su rostro, que en su interior se libraba una tremenda batalla. Al fin, lanzando un gran suspiro, alzó la cabeza, y dijo:

—¡Seré también cristiano!

Entonces, Albilda, desprendiendo de su cuello un escapulario lo colgó del de Leovardo, quedando así pactado el consorcio de aquellas dos personas, representantes de dos razas, por un sencillo lazo de seda.

Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

JOSÉ DE SILES



125